



Ida  
Vitale

---

DE PLANTAS  
Y ANIMALES

---

Premio Cervantes 2018

---

TUSQUETS  
LIBRERÍA

# Índice

Portada  
Sinopsis  
Portadilla  
Citas  
Cita  
Intención  
Nuestros próximos, los animales  
La ecología  
Las sociedades protectoras de animales  
Animales y literatura  
Animales fabulosos  
Algunos monstruos  
Gatos  
Y, sobre todo, *Ti Fu*  
Perros  
*Macedonio Fernández*  
Zorros  
Lobos  
Vacas  
Cabras  
Caballos  
Asnos y mulas

Delfines y manatíes  
Morsas (y anguilas)  
Ballenas, lobos marinos: ligero enfoque  
Ardillas  
Erizos  
Ratones  
Nutrias  
Animales en Londres  
Aves  
Águila  
Alondra  
Avestruz  
Cigüeñas  
Colibrí  
Cuervos y grajos  
Paros  
Gallinas y gallos  
Gaviotas  
Loros  
Palomas  
Urracas  
Serpientes  
Camaleón  
Sapos  
Ranas  
Caracoles  
Arañas  
Mariposas  
Moscas  
Langostas verdes y saltonas  
Fósiles  
El mundo vegetal  
Árboles  
Jardines

Crisantemos

Dalias

Malvones

Rosas

Ilang-ilang

Cebollas

Cebollas como ataúdes

Frijoles bailarines

Hongos

La oposición

Final

Bibliografía

Créditos

# Sinopsis

Ordena Ida Vitale los textos de este volumen como si de un personal bestiario se tratara. En ellos se rinde un sentido homenaje a la naturaleza a la par que a la palabra. Contemplando con una mirada tierna y reflexiva el entorno natural, entendido como espectáculo y reserva espiritual, Vitale nos anima a enamorarnos y redescubrir esa exhibición gratuita, generosa que nuestra tierra ofrece.

Ida Vitale  
DE PLANTAS Y ANIMA-  
LES

El espacio es azul y en él pasan  
los pájaros.

NIELS BOHR

Y yo me iré.  
Y se quedarán los pájaros cantan-  
do.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

L'amour des petits oiseaux  
n'empêche point celui des mots.

RAYMOND QUENEAU

Los animales que cazan corriendo  
son gregarios.

Son los licaones, los hombres y  
los lobos.

Los animales que acechan son so-  
litarios.

¿A qué llamado responde el bui-  
tre?

¿A qué llamado responde el ja-  
guar?

¿A qué llamado responde el inter-

minable  
acecho solitario del lector?

PASCAL QUIGNARD

XLVII

En un día demasiado nítido,  
día en que daban ganas de haber trabajado mucho  
para en él no trabajar nada,  
entreví, como una avenida entre los árboles,  
lo que tal vez sea el Gran Secreto,  
aquel Gran Misterio de que los falsos poetas hablan.

Vi que no hay Naturaleza,  
que la Naturaleza no existe,  
que hay valles, montañas, planicies,  
que hay árboles, flores, hierbas,  
que hay ríos y piedras,  
pero no un todo a lo que eso pertenezca,  
que un conjunto real y verdadero  
es una dolencia de nuestras ideas.

La Naturaleza es partes sin un todo.  
Esto tal vez sea el misterio del que hablan.

Fue esto lo que sin pensar en pensarlo  
adiviné que debía ser la verdad  
que todos andan buscando y que no encuentran,  
y que solo yo encontré, porque no fui en busca de nada.

ALBERTO CAEIRO, *El guardador de rebaños*

## Intención

Alguien viaja, visita un museo o lee un libro por gusto, pero quizás imagine un fin ulterior. En mi casa, nadie hubiese definido como *útil* la atención puesta en criaturas que no suelen atraerla, pájaros, o esos apenas identificados como *bichos* o plantas poco decorativas que las ciudades erradican al crecer: no soy botánica, ni zoóloga, ni bióloga ni dibujante especializada. Voy hacia mi límite sin modificar el hábito infantil de asombro ante el mundo que acompaña incluso a los humanos desentendidos de *inútiles minucias*. Su riqueza prodigiosa posibilita una extensión del alma que hoy pocas cosas ofrecen. La música, sin duda. La curiosidad une partes desvinculadas del mundo y justifica al ser humano. Le ayuda a ser un recreador de aquel, al refrendar su porqué, y a preguntarse su propio para qué.

Cuando, implicada en otros proyectos, me atrajo este, vi un sentido retrospectivo en tanta atenta distracción y hasta una direccionalidad que no me permite suponer en mis cercanías algún eón o inteligencia eterna, bienhumorada. Siempre atraída por la red de coincidencias y comunicaciones entre materias remotas, no puedo eludir el gusto de organizar una peregrinación por un decoroso paraíso del que solo excluiré a Adán y Eva, esos imprudentes. ¿Paraíso? ¿Qué paraíso? ¿Acaso la tierra puede aparecérsenos como un paraíso? ¿Todavía? Creo, sí, que a espaldas de muchos y con el auxilio de pocos, hay, para quien quiera verlos, ras-

tros de un paraíso desatendido y minado.

Las páginas que siguen solo presumen de sus buenas intenciones y les bastaría encontrar algún lector curioso sin perderlo, aburrido, a medio camino. Después de todo, si la tierra es un paraíso, logrado, infierno, empedrarlo con ellas no va a empeorar las cosas. Quizá mi inconsciente propósito sea atisbar la reserva de tensión espiritual que ofrece la naturaleza. Estar atentos para aceptar las múltiples cosas que nos da en espectáculo, las enseñanzas y advertencias que ofrece, sería la debida respuesta a lo que encontramos al llegar al mundo y constituiría, me parece, una natural cortesía retributiva. Si implica desdén no aceptar y celebrar los alimentos que alguien prepara para nosotros con buen ánimo, ¡qué decir del impávido que se sienta igual debajo de un tilo en flor que de una adelfa!

Cuando la más célebre de las discusiones, la de Jehová con Job, aquel que no se privaba de abrumar al quejumbroso con el empleo de su artillería pesada, le reclamó su desatención frente al mundo natural: «¿Sabes en qué época paren las cabras monteses? / ¿Has presenciado los dolores de parto de las ciervas? / ¿Has contado los meses que cumplen y sabes el tiempo de su parto?». Para Jehová era culpa grave que Job no reparara en la vida de los seres que compartían la tierra. Hoy, solo los especialistas saldrían airoso ante tales preguntas. Habrá quien nunca haya visto una cabra montés ni falta que le haga.

Recuerdos contados de la tía Ida, de la que no los tengo propios, y heredar su nombre, su cuarto, sus libros, me acercó a ella. Botánica, amaba también a los animales. Leí y releí sus Fabre. Haber tenido la suerte de que María Enilda Castro, mi dulce maestra de tercer grado, me regalara *El maravilloso viaje de Nils Holgersson* de Selma Lagerlöf, lo hizo mi personaje favorito, tanto como *Okra*, la vieja pata gris, guía de la bandada de patos silvestres, tras la cual

vuela el pato blanco de los Holgersson, arrastrando a Nils, al que un gnomo ha castigado, volviéndolo minúsculo. Este viaje le enseña a amar a los animales y recupera su tamaño. A ese amor quedé adscrita.

«Un objeto es aquello que se mueve junto a uno.» Yo adaptaría así esta definición parcial de Jakob von Uexküll, alguno de cuyos libros leería años después: aquello que se mueve junto con uno debería ser el objeto de nuestra atención. Esto a nada es más aplicable que al subvalorado mundo de las criaturas no humanas que nos acompañan. Según la Lagerlöf, el grito de los patos silvestres es: «Aquí estoy. ¿Dónde estás tú?». Konrad Lorenz lo tomó como título de su libro sobre el comportamiento de los gansos. Dijo deber esta elección a «la perspicacia poética de una maestra sueca que, llena de pureza emocional no exenta de tino científico, supo traducir el reclamo de los gansos silvestres».

Hay una reflexión de Walter Benjamin (que retengo ahora en lo esencialmente estético): «El paisaje cuelga para los ricos de un marco de ventana y solo para ellos lo ha firmado la mano magistral de Dios». Sin duda inspira esta amargura una idea enroscada sobre sí misma: el paisaje italiano, visto desde el interior de alguna villa italiana, le recuerda la imagen de un paisaje italiano como fondo de un cuadro. Pero a esa sagacidad la antecede otra: «La naturaleza se otorga de buen grado a vagabundos y mendigos, a bribones y haraganes». Soslayemos esa compañía, digamos que la naturaleza está ahí y cobra un único peaje para llegar a ella: tener los ojos abiertos, sobre todo los del espíritu. A los vagabundos, aun ocasionales, les ofrece sus gracias gratis. Si no exigimos sus donaciones más raras, será generosa: todos tenemos derecho al sol, al cielo, a las irrepetibles formaciones de las nubes, a los árboles y al efecto del viento en ellos, a las flores sencillas, a los pájaros ciudadanos. No por familiares deberían perder prestigio a los

ojos acostumbrados. En nuestro balcón de Montevideo son usuales los gorriones ansiosos a las horas del pan, siempre poco para su exigencia. Los benteveos, que no se interesan en la comida humana y permanecen en el árbol próximo, dejando apenas ver el dibujo en suave amarillo, negro y blanco de su cabeza, me distraen de los frecuentes y fieles vecinos. Pero con ellos nunca lograré ni comunicación ni compañía. En cambio, cuando regresamos en primavera, los jóvenes gorriones —inexpertos y, sin duda, para los padres, imprudentes— con un poco de paciencia se acercan a comer casi al lado de nuestros pies y podrían constituir, si somos cautelosos, una nueva generación acogedora, menos desconfiada de nuestra especie.

Muchos compadecen a los animales encerrados en zoológicos. No siempre se compadecen de los humanos — y aun de sí mismos— en situaciones en parte similares a las que les preocupan. También hay humanos forzados a vivir lejos de la naturaleza, en ciudades áridas, a cumplir largos horarios en lugares de trabajo con luz artificial y aire *acondicionado*, no por cada uno según su criterio, sino de modo automático, suponiendo en todos igual disposición ante las temperaturas. Cuando urbanistas sensibles buscan distribuir espacios verdes y juegos de agua, cuando nuevas normas arquitectónicas obligan a que todas las habitaciones de los nuevos edificios tengan ventanas que permitan no solo recibir aire sino también ver el cielo, se reconoce algo que puede no percibirse como carencia, aunque pueda aflorar como inexplicable molestia. La única defensa contra esas construcciones (a veces aberraciones) de cemento, favorables al instinto de muerte, parecería radicar en la aborta mirada de un niño pequeño sobre los mínimos seres a su medida, al descubrirlos entre el pasto de un jardín. Un niño extrae a la larga más y mejores modos de diversión de una lupa que de un triciclo. De su atención detenida, de su

naciente curiosidad nacen muchas cosas: para empezar, su propia intimidad. Yo diría que en ella renace la civilización.

## Nuestros próximos, los animales

J.H. Fabre, al margen de la academia y sin auxilios materiales, dedicó su vida al estudio de los insectos y de sus costumbres, desde los más comunes —hormigas, arañas, escarabajos, etc.— hasta algunos de apariciones menos asiduas en nuestra vida. Trabajó en un siglo, el XIX, que vio a la vez las labores de otros pioneros, que buscaban especies nuevas en zonas semisalvajes, por encargo de zoológicos y de jardines botánicos. Estas actividades, aunque comerciales, ampliaron de modo imprevisto los horizontes científicos: la conducta de los animales, desde los más exóticos a los más familiares, ofreció un nuevo y dinámico campo de investigación.

Ya no cabe confundir la psicología de los animales con la de sus propietarios, como haría la célebre y prolífica retratista Vigée-Lebrun en unas presuntas memorias paródicas que Colette le inventa: al encargarle un imaginario príncipe ruso su retrato, aquella resuelve

[...] reunir con él, sobre la misma tela, a la princesa, a sus once niños [...], su caballo preferido, dos perros y un casal de palomas domésticas, animales que la naturaleza generosa parecía haber colmado, como a sus nobles amos, de todos los dones del espíritu y del corazón.

Las distintas posiciones de los psicólogos determinaron las actitudes de los estudios de los animales. El conductis-